

UNA CABAÑA PREHISTORICA EN EL MAS DE LA CABRERA (TERUEL)

Por Teógenes Ortego

Las condiciones geográficas en que se asentó, de antiguo, el Mas de la Cabrera, al Sur de la provincia de Teruel, han favorecido el desarrollo de una entidad de población que, aunque poco numerosa, ha desbordado la limitada extensión y densidad que suele asignarse a las agrupaciones urbanas propias de los mases o masías típicas en la región.

Actualmente, el Mas de la Cabrera constituye un barrio agregado a la histórica villa de Tramacastiel, distante de ésta cinco kilómetros y medio, hacia el Sudeste. Se halla, en cambio, a kilómetro y medio al Oeste de Libros, a la derecha de la carretera de Teruel a Cuenca, que viene a ser la más fácil vía de acceso y la arteria principal de su vida de relación.

Algunos topónimos expresivos de su término (Los Villares, Las Boqueras, Cueva la Mora, Los Cinglos...) nos indujeron a explorar tales parajes confiados en el hallazgo de algún testimonio que nos diera luz sobre los primitivos establecimientos humanos en estas altas riberas del Turia.

Dejamos para otra ocasión el estudio de los Villares de la Cirujeda, dos desaparecidos poblados que alcanzaron los tiempos medievales en esta jurisdicción, y de la notable estela con inscripción árabe hallada en el Villar de Abajo, para referirnos únicamente en estas notas a la exploración llevada a cabo al Este del Mas de la Cabrera, en el paraje denominado Prado de las Boqueras, al que llegamos en corto paseo, carretera adelante.

El antiguo Prado de las Boqueras se halla hoy roturado y convertido en bancales de cultivo. El movimiento de tierras ha destruído, sin duda, algunos fondos de viviendas primitivas. En el escalón central y en los dos bancales contiguos aparecen fragmentos de cerámica morena elaborada a mano con destreza, predominando las formas globulares con cuellos poco o nada acusados y, por toda decoración, en contados casos, algunos toques incisos en los bordes.

Excepto por el Sur del Prado, abierto hacia la vega del Turia, se remontan violentamente en todo el sector las alturas que le circundan. En-

tre dos barrancadas emergen por el Este los picos de Peña la Mora, donde existen varias cuevas excavadas por habitantes trogloditas en los bancos arcillosos que techan delgados estratos silíceos. Hacia el Oeste, en la misma formación, y recortados verticalmente por la erosión natural, avanzan los Cinglos de la Contienda, de aspecto turriforme, en cuya cumbre escalonada encontramos los vestigios de una cabaña prehistórica ocupando el centro del estratégico punto (figura 1).

LA CABAÑA PREHISTÓRICA.—Un informe montón de piedras y arcillas nos delató su existencia. La remoción de estos materiales vino a mostrarnos la planta de un exiguo recinto. Es de forma rectangular, de unos tres metros de longitud por dos de anchura, con entrada por uno de sus lados menores, orientado hacia el Sur. La cimentación, a flor de tierra, se reduce a una agrupación de piedras rodadas, alineadas en todo el perímetro y trabadas con arcillas consistentes. Las paredes fueron hechas en forma de rústico tapial con sucesivas capas de barro y piedras menudas incrustadas, según deducimos de algunos bloques del fondo de la cabaña poco alterados por los agentes atmosféricos. La cubierta debió ser de ramaje dispuesto en dos vertientes, y toda la base quedó reforzada exteriormente por piedras sueltas, amontonadas y acaso cubiertas de tierra en sus orígenes.

La gran pobreza externa no excluye un interior pulcro y cuidado; el piso se ve pavimentado por losetas de piedra irregular, sin indicio alguno de haber sido trabajadas, pero combinadas en lo posible para cubrirlo en gran extensión.

Los treinta centímetros de altura, como máximo, visibles en las paredes están interiormente lodados en sucesivas y finas capas, que recuerdan los enjalbegados de nuestras aldeanas. No cabe duda que unas manos femeninas, con afán de una vida superior, cuidaron amorosamente el querido recinto familiar.

Curioso y significativo en extremo es un pequeño departamento rectangular hecho de barro en el ángulo izquierdo del fondo de la cabaña, cuyas paredes, de unos ocho centímetros de espesor, se hallan también lodadas con sucesivas capas de arcillas finas. Este departamento parece destinado a despensa o depósito de productos conservados esmeradamente, en el lugar más seguro, para su paulatino consumo.

El ajuar hallado por todo el área de la cabaña no pudo ser, en su sencillez, más expresivo: algunas piezas de sílex, fragmentos de cerámica y un molino de mano, integran este conjunto.

MATERIAL LÍTICO HALLADO.—El cribado de las tierras del fondo nos dió varias piezas atípicas de sílex, producto de desbastamiento, algunas de ellas utilizables por sus formas puntiagudas y filos cortantes. Al lado de éstas aparecieron dos únicas piezas talladas con esmero. La primera fué elaborada sobre una gran lasca foliácea y lleva totalmente tallada una de sus caras. Las facetas marginales dejan un filo cortante en todo el perímetro, como fase preparatoria para su elaboración definitiva.

En la parte superior derecha, cerca del ápice, se ha iniciado un fino retoque marginal. Los bordes vivos no muestran señales de desgaste por uso, lo cual nos hace suponer que la pieza no llegó a terminarse. La cara posterior ha sido poco alterada; únicamente se ha reducido el plano de percusión y rebajado el bulbo, conservando intacto todo el plano de lasgado. Mide 78 milímetros de longitud (figura 2, 1).

La segunda pieza es una punta aguda extraída de la corteza de un nódulo igualmente de sílex. Presenta talón redondeado, y entre éste y la punta se ha tallado un pedúnculo con dos muescas laterales para facilitar su engaste y sujección en un mango. El filo, utilizable en forma de tranchete, se halla retocado y desgastado por el uso. Su longitud es de 45 milímetros (figura 2, 2).

Estos hallazgos vienen a demostrarnos que los habitantes de la cabaña conservaban la técnica de elaboración de útiles de piedra tallada, solamente sustituida en parte por la piedra pulimentada, cuando ya las primeras industrias del metal iban reemplazando ventajosamente a las armas e instrumentos líticos de etapas precedentes.

PIEDRA PULIMENTADA.—Asociamos a este yacimiento una espléndida hacha encontrada entre las tierras removidas de un viñedo contiguo a este paraje. Se halla totalmente recubierta de una concreción caliza, la cual tratamos con un disolvente, cerca del borde, habiendo descubierto la coloración negra de la piedra basáltica de que se formó y su fino pulimento. El corte, curvado y asimétrico por desgaste, ha sido rehecho y afinado. La sección transversal, en su mitad, es de forma oval, alterándose hacia el talón para terminar en forma redondeada. Ejemplar tan extraordinario pudo lo mismo utilizarse como instrumento de trabajo que como arma de combate. Mide 25'5 centímetros de longitud y pesa 1'410 kilogramos (figura 3).

HALLAZGOS DE CERÁMICA.—Las especies cerámicas recogidas se hallan muy fragmentadas e incompletas, por lo que no ha sido posible reconstruir

vasija alguna más allá de un tercio de la zona correspondiente al cuello y borde de las mismas. Los fragmentos pertenecen a seis u ocho recipientes de variados tamaños, siendo diversa la calidad y pureza de las pastas empleadas para su elaboración. Las formas acusan perfiles ovoides y globulares, con cuellos cóncavos bastante desarrollados y bordes airosamente abiertos, manteniéndose esencialmente estas formas en los ejemplares que acusan mayores dimensiones. El color del barro varía desde el gris claro al negro. Los hay también pardo amarillentos con capas desiguales a causa del sistema de cocción. Generalmente se aprecia un fino engobe ocre terroso dentro y fuera del recipiente o solamente al exterior, en cuyo caso trasciende en la cara interna el color negro o moreno de la pasta. Sólo en un fragmento de barro negro mezclado con algo de sílice no aparece revestimiento alguno, observándose toda la superficie intensamente espatulada y brillante.

En cuanto a formas, la más señalada excepción nos la da un pequeño trozo perteneciente a un caso de perfil carenado, elaborado con barro grisáceo, suavizado todo él con pasta muy flúida.

Hay trozos pertenecientes a curvados fondos, que se hallan alterados por la acción repetida del fuego.

En los dos mayores recipientes, de 17'5 y 36 centímetros de diámetro, se advierte el único intento decorativo, reduciéndose a incisiones dactilares y a toques transversales con palillo, sobre el borde de la boca en toda su longitud (figura 5, 1 y 2).

Tales especímenes los relacionamos con otros similares propios de la cultura argárica, tanto por su forma más frecuente, que tanto recuerdan los perfiles de las urnas de tal cultura, como por la presencia de un fragmento con el típico perfil carenado, y la pátina brillante lograda por espatulado intenso en otro ejemplar, perteneciente a la mitad superior de un esbelto vaso del mismo estilo.

MOLINO DE MANO.—Las dos piezas correspondientes a un molino de mano se encontraron igualmente sobre el piso de la cabaña. La piedra fija es oblonga y de formas redondeadas por desbastamiento, habiéndose aplinado con esmero la superficie de trituración. Esta se encontró partida transversalmente.

La piedra movable es un gran canto rodado algo deprimido, en uno de cuyos costados se han tallado dos caras en diedro: una de ellas, con picado tosco para machacar y triturar frutos, y otra, más pulida, para molturación de granos finos.

Esta modalidad supone un avance en la construcción de estos primitivos artefactos, que generalmente presentan una sola superficie de trabajo (figura 4).

A juzgar por los materiales que nos han ofrecido las exploraciones aludidas y la excavación del fondo de la cabaña, parece evidente que fueron tribus organizadas, en posesión de una cultura neoeolítica, las que tuvieron asiento en el Prado de las Boqueras y proximidades, donde pudieron encontrar protección natural para su establecimiento, el río, la montaña y tierras fértiles, que habían de constituir el escenario natural, las fuentes para el desarrollo de su economía y la razón de ser de su vida sedentaria.

La cabaña del Puntal de los Cinglos, al desaparecer sus moradores, debió quedar abandonada hasta su derrumbamiento. No apareció ni un solo objeto metálico. La piedra fija del molino se encontró rota; los materiales tallados y pulimentados, dispersos.

Los fragmentos de cerámica muestran huellas de vieja fractura y lo reconstruible no nos ha dado siquiera el perfil completo de algún recipiente.

Sin embargo, puede considerarse el conjunto de materiales líticos como supervivencia hasta la plenitud del bronce peninsular de viejas técnicas a las que llegan a asociarse los tipos cerámicos descritos, representativos de la cultura almeriense.

Aunque alejados estos parajes de aquel foco cultural, no hay duda de que tras su pujante expansión por la costa levantina irradiaron hasta aquí sus influencias siguiendo la vía natural del valle del Turia, y aun se remontaron más al interior, según hemos podido comprobar en otras prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en la alta cuenca guadalaviarense.



Fig. 1.—Puntal de los Cinglos de la Contienda, donde tuvo asiento una cabaña prehistórica. (Fot. Ortego.)

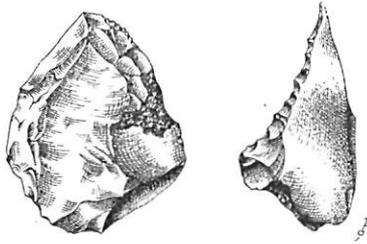


Fig. 2.—Utensilios de sílex ballados en el fondo de la cabaña.



Fig. 3.—Ejemplar de hacha procedente de las proximidades de los Cinglos. (Vista de frente y de costado.)



Fig. 4.—Molino de mano hallado en el piso de la cabaña. (Fot. Ortego.)

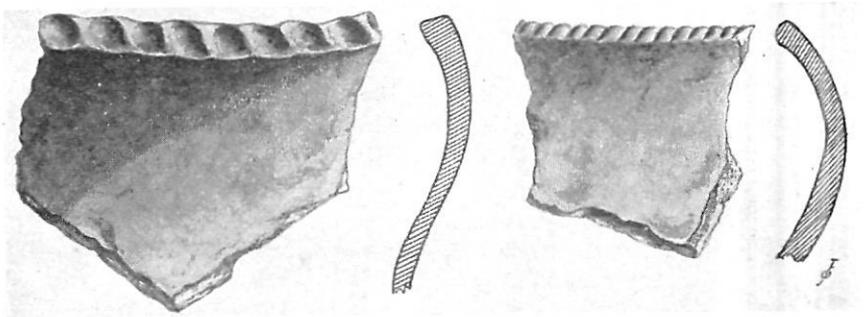


Fig. 5.—Fragmentos de dos grandes vasijas elaboradas a mano.